



## Mi abuela Antonia y Doña Susa, mi primera maestra.

---

### **La casa de mi abuela Antonia.**

Ahora, la casa es más pequeña, incluso el solitario escalón de acceso al zaguán, donde me sentaba descalzo cada día. Me da la impresión que con un pequeño esfuerzo podría subir desde el exterior a la azotea. ¿ No podría valer el que la relación niño y espacio perdurara en el tiempo?. Sería una fórmula para mantener los recuerdos en esa dimensión infantil que debe impregnar la vida del más tarde aburrido adulto.

Allí, sobre las arenas y las aguas de las Canteras, en la calle Bolivia, vivía mi abuela Antonia desde que llegó de Lanzarote. No digo mal, en alguna ocasión las olas se adueñaron de ella. Era una casa modesta, sin grandes comodidades y alquilada para dar cobijo a una familia honrada y trabajadora.

La casa, tenía vistas directas al mar y por la puerta trasera, alcanzábamos la orilla bajo la atenta mirada de nuestras madres. Sólo tenía un peligro, reptar, con sumo cuidado, bajo las hileras de sogas que Alcorde preparaba para su venta a los barcos y que las máquinas hacían silbar sobre nuestras cabezas a una velocidad endemoniada. La confección de las sogas, es todo un arte, lo practiqué muchas tardes a la sombra, sentado al lado de aquella buena gente que con suma paciencia, me entretenían en como realizar un buen cabo.

En ese hogar y bajo la dirección de mi tío Quino Reguera me inicié en el arte de caminar. Agarrado fuertemente a su mano, aproveché unos días de descanso de toda mi familia, para conseguir dar mis primeros pasos. Me gusta que él me lo recuerde, ello me aferra a aquellos tiempos y siento que lo estoy viviendo.

### **Las vacaciones de la familia.**

Cada año, junto a mis padres y hermanos, pasábamos largas temporadas en Guanarteme. Recuerdo que aún sin ser época de vacaciones, forzaba situaciones a fin de pasar unos días encantadores en la playa. Luego, a la hora de irnos a casa, utilizaba buenas mañanas para quedarme más tiempo que los demás, me hacía muy feliz.

La vida era sencilla, sin complicaciones y con muchas posibilidades de disfrutar, que es lo que le gusta a los niños. Durante años, jugábamos por el día en la playa; por la noche, a dormir con el suave ruido de las olas. Nunca faltaba los miércoles escuchar en la radio " Matilde, Perico y Periquín " y a las nueve de la noche el " Parte Hablado " de Radio Nacional. Recuerdo quedarme dormido, escuchando la tertulia de los mayores, tras los comentarios de la actualidad que venían precedidos de las influencias de Deglané o José Luis Pecker.

### **Y llegó " Doña Susa la maestra ".**

Mientras no tuve edad para ir al cole, ni conciencia de ello, jugaba sin descanso con mis primas, aunque la primera noción que tengo de la escuela también la obtuve en la casa de mi abuela Antonia.

Una mañana, mientras estaba sentado en el porche de la casa comiendo mi buen bocadillo de mantequilla holandesa, contemplé como unos niños de edades superiores a la mía, se alineaban con maletas en la puerta de la casa contigua. Un rato después, la puerta se abrió y una señora de mediana estatura, delgada y con un traje negro, indicó a los chiquillos que pasaran.

Aquel ritual se repitió cada día, me llamaba la atención que los niños entraran a la misma hora cada mañana, no se oyeran durante toda la jornada y salieran corriendo al toque de la sirena de la CICER, que daba la hora de parada de los obreros para el almuerzo. Por la tarde la misma operación.

A esta señora no recuerdo jamás verla fuera de su casa, hacía vida dentro de ella y según escuché a los niños se debía llamar " Doña Susa la Maestra ". Incluso los

apellidos me parecían extraños, los míos eran nieto por mi padre y reguera por mi madre, los de mis primos regueras, perdomos, cabreras, blancos, etc, pero un nombre como D<sup>a</sup> Susa y un apellido sólo como " la Maestra " no podía entenderlo. Para más desconcierto a mi abuela Antonia jamás la escuché hablar de ella.

### **La persona que hace persona a otra persona.**

Una tarde, a la salida de los niños de la casa de nuestra vecina, mientras jugaba a los cochitos con mi prima Toñusa, aproveché que mi abuela estaba sentada en el porche en su silla preferida haciendo crochet, para preguntarle por la enigmática señora.

- **Doña Susa es maestra**, - me contestó. - **¿ Y qué es eso de ser maestra, abuela ?**. Ella ni me miró, la recuerdo como si estuviera viviéndolo en el presente, sólo me dijo: - **Una maestra es una persona que hace persona a otra persona** . Yo me quedé igual, no entendía nada y le dije: - **i Ah ! Abuela, entonces una maestra es una persona tres veces**. Se sonrió y tras mirarme me explicó - **Bueno, no exactamente, ser maestro es algo muy importante, todos somos personas, yo soy persona, mamá y papá son personas, pero desgraciadamente no todas las personas son tan personas como debieran serlo, D<sup>a</sup> Susa enseña a las personas que no lo son a formarse como personas, a ser buenos padres, honrados trabajadores, buenos creyentes. Es la profesión más importante. Algún día tú serás maestro y podrás ser la persona que hagas personas a otras personas. ¿ No te gustaría ?**.

Y yo que sabía, a mi sólo me interesaba qué era lo que hacía la maestra y porqué no se oía a los niños, si incluso había visto entrar algún día a uno de los de la " banda del malayo ", que causaba terror en Guanarteme.

### **D<sup>a</sup>. Susa mi primera maestra.**

En la azotea de la casa estaba el hombre del saco, por ello era uno de los lugares prohibidos para los niños, sólo subíamos acompañados, salvo aquel día que la

puerta se quedó abierta en un descuido y a ella me fui. Por cierto, no me encontré con el hombre del saco, pero sí que tenía allí mi abuela un gallo ruin, tan grande como yo, que me miró con malas plumas mientras lo sorteaba pegado al muro, recuerdo que terminó sus días en un arroz para festejar la llegada de la familia de mi tío Tomás Reguera de Tenerife y en la que participaron todos sus hermanos y respectivas familias, Mana, Pepe, Carlos, Antonio y Quino. Entonces, como una premonición, desde la azotea de la casa de D<sup>a</sup>. Susa, escuché el cántico de los alumnos entonando:

**- Dos por una dos, dos por dos cuatro...**

Aquella era la oportunidad. Arrimé dos cajones de los que cada año los barcos de Antonio Armas traían las uvas de los Bermejós, que era la finca de la familia en Lanzarote y me dispuse a saber qué estaba pasando. De puntillas pude ver por primera vez el aula. Era un cuartito pequeño sin cuadros y con una serie de mesas y sillas donde estaban sentados los chiquillos canturreando la tabla del dos. D<sup>a</sup>. Susa, levantó la cabeza y me vio, aún me duelen las nalgas, me asusté, perdí el equilibrio y fui a dar con mis huesos al cemento de la azotea, el gallo se espantó y formó tal escándalo que en un rehilte tuve que plantarme en el porche. Cuando sentí que venía mi abuela disimulé como pude y dije no haber oído nada.

Hice méritos sentado en frente de la puerta de nuestra vecina y a los pocos días estaba en fila con aquellos galletones. La maestra, aunque yo esquivaba su mirada, me sonrió e hizo una invitación que no quise desaprovechar. No recuerdo el tiempo que acudí a su casa ni lo que aprendí, pero eso no tiene importancia, para mí, élla fue mi primera maestra...

Mi abuela Antonia, la pobre, no pudo verme como persona que hace persona a otra persona, aunque seguro que con su sabiduría lo presentía. Yo, en mi trabajo, cada día, en cada pensamiento, en cada decisión a tomar, la tengo en mi memoria.